

ASAMBLEA DE COFRADÍAS

Mérida, 22 de febrero de 2025

Queridos hermanos: ¡El Señor os dé la paz!

Acabamos de escuchar un trozo del Evangelio desconcertante: “*Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por lo que os calumnien...*” (Lc 6, 27-29). Humanamente todo esto parece absurdo, como absurdo parece lo que sigue diciendo Jesús: “*Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa, no le impidas que tome también la túnica. A quien te pide, dale; al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames.* Con razón este texto evangélico ha sido denominado “evangelio de la extravagancia”. ¿Cómo es posible vivir todo ello? Lo que humanamente parece imposible, lo hace posible el amor. Porque Dios nos ama, nos perdona todas nuestras culpas, y cura todas nuestras enfermedades, como hemos afirmado en el salmo responsorial (cf. *Sal* 102). También nosotros, si amamos de verdad, seremos capaces de cumplir esta página evangélica que nos pide cambiar nuestra manera de pensar, tan distinta de la forma de pensar y de actuar de Dios con nosotros. Si amamos, sin esperar nada a cambio, podremos experimentar el gran milagro que se opera en nuestro corazón hasta lograr perdonar a nuestros enemigos y hacer el bien a los que nos odian. Para quien ama de verdad todo es posible. Pensemos a Jesús que muere perdonando, porque nos amaba; pensemos a los mártires que mueren orando por sus verdugos, y todo porque aman.

Solo el que ama está capacitado para entender el verdadero amor y para perdonar “setenta veces siete” (cf. *Mt* 18, 21-35), es decir: siempre. Eso sí, hay que amar de verdad lo que significa, en palabras de Santa Teresita, “*darse sin medida/ pues el amor salario no reclama/ Yo te doy, sin contar, toda mi vida/, pues no sabe de cuentas el que ama*”.

Jesús en el Evangelio nos hace una propuesta: “Cuando hagas una comida o una cena, invita a los que no pueden pagarte” (Lc. 14,13). Así descubriremos el gozo de dar a fondo perdido, de servir a cambio de nada, y experimentaremos que “*hay mayor alegría en el dar que en el recibir*” (*Hechos* 20,25). El auténtico amor no exige paga; le basta con existir para estar pagado.

El evangelio de hoy termina hablando de una medida “generosa, colmada, remecida, rebosante”. Esa es la medida que debemos usar para dar la talla en la vida, para realizarnos plenamente como personas, para disfrutar de todo lo que Dios nos ha dado. En el evangelio se habla de “*tinajas que rebosan*” (*Jn.* 2,8); de *perfume que se derrama* (*Lc.* 7,38); de “*doce cestos de panes sobrantes*” (*Jn.* 6, 13); “*de barcas que se hunden por la cantidad de peces*” (*Lc.* 5, 6). Todo ese derroche, esa sin medida, no es sino un signo del derroche de amor que Dios ha tenido con nosotros. Los tacaños, los mediocres, los que le dan a Dios “lo justito”, nunca podrán conocer a Dios. En cambio, los limpios de corazón, los que no tienen apegos a las cosas materiales, los que le han dado a Dios no sólo el corazón sino “todo el corazón” esos son los que conocen a Dios. Dice San Francisco de Sales: “*No es el amor como el oro, que el que más vale es el que más pesa, sino como la llama que, la más pura, es la que más dista de la materia*”. Dejemos que la “llama de amor viva”.

Queridos participantes en esta Asamblea de Cofradías y Hermandades de nuestra archidiócesis: gracias por invitarme a estar con vosotros también este año y una vez más quiero dirigirme a vosotros diciéndoos gracias. Gracias porque sois una

plataforma importante para la obra evangelizadora de la Iglesia a la que todos estamos llamados, en cuanto sois una manifestación importante de la religiosidad popular de nuestro pueblo. Gracias por vuestro amor y devoción a todo lo relacionado con la pasión, muerte y resurrección de Jesús y por vuestro amor y devoción a la Santísima Virgen, a quien el Señor nos la dio como Madre al pie de la cruz.

Y después de agradeceros todo lo que hacéis en el campo de la misión evangelizadora de la Iglesia, quiero señalaros tres desafíos, dando a esta palabra no solo el sentido de problema, sino también de posibilidades.

El primer desafío que veo para las Cofradías y Hermandades parte de un recordatorio: Sois asociaciones públicas de fieles cristianos erigidas por el obispo. Esto quiere decir que sois de la Iglesia, es más: sois Iglesia. Vuestro amor a Jesús y su santísima Madre pasa por vuestro amor a la Iglesia. Sin la Iglesia o al margen de la Iglesia no tiene sentido una Cofradía o Hermandad.

Este amor a la Iglesia no puede quedarse en un mero sentimiento. Es necesario traducirlo en una colaboración estrecha con la Iglesia y en concreto con la Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz y en cada una de sus parroquias; una colaboración con sus pastores, el obispo y el párroco. Ni la Iglesia a la que pertenecemos es perfecto, pues está hecha por santos y pecadores, ni el obispo ni el párroco somos unos dechados de virtud, pero somos vuestros pastores. Ante posibles conflictos es necesario un diálogo franco, abierto y sincero por ambas partes. Os invito e invito a los pastores de nuestras parroquias y a mí mismo a reforzar los puentes que nos unen. Ello nos ayudará a caminar juntos.

El segundo desafío que veo es la necesidad de una buena formación para no caer en fundamentalismos que nada tienen que ver con el auténtico espíritu cofrade. La formación os ayudará a rechazar todo lo que signifique lucha por el poder y también os ayudará a la transparencia en todo lo que se refiere a la gestión de las Cofradías y Hermandades. En la Iglesia tiene poder el que sirve y el único poder que se pueda decir evangélico es el servicio.

En las Hermandades y Cofradías, como en la misma Iglesia, sobran personalismos, sobran egocentrismos, sobran envidias, sobran personas que quieren ser algo a costa de las cofradías. Hemos de optar, queridos cofrades, por una formación que nos lleve a tener los mismos sentimientos de Cristo hacia el Padre, que nos transforme en "alter Christus". Hemos de optar por un culto renovado según las directrices de la Iglesia. Hemos de optar por la ayuda a los más necesitados. Porque esos, como nos dice el Papa Francisco, son la "carne de Cristo". Preguntémonos, ¿cuánto invierte mi Cofradía o mi Hermandad en formación? Los números en este caso son indicadores de cómo estamos siendo fieles al verdadero espíritu del cofrade.

Finalmente os pido que intentéis darle un carácter extremeño a nuestra Semana Santa. Permitidme que os diga coloquialmente: No miréis demasiado para la Semana Santa andaluza. Nunca la igualaremos. Y tampoco tiene importancia el igualarla. Hemos de ser nosotros. Que nuestras Cofradías y Hermandades reflejen nuestra cultura extremeña y nuestra idiosincrasia propia, como tantas otras intentan hacerlo en sus regiones.

Queridos hermanos cofrades: miremos al Evangelio. Entonces nuestra Semana Santa no será solo de interés turístico internacional, lo cual no está mal, sino que será un momento fuerte de encuentro con el Señor y su santísima Madre, un momento fuerte de evangelización. *Fiat, fiat, amen, amen.*

